

Después de las fórmulas usuales, entraron á tratar del asunto que había llevado la honorable comisión partida de Guayaquil.

El señor General Plaza G. otorgó su contestación en un pliego cerrado, dirigido al Jefe Supremo, señor General Pedro J. Montero.

Terminada la entrevista, fueron despedidos por el señor General Plaza con la misma benevolencia y obsequiosidad con que habían sido recibidos, lo cual impresionó gratamente á los notables caballeros de la comisión.

Apenas regresaron á la ciudad, pusieron en manos del señor Jefe Supremo el pliego del que habían sido portadores y cuyo contenido aún no se conoce.

Es de esperar que el patriotismo inspire á todos é indique una decorosa solución, como es la aspiración del país entero."

("El Telégrafo")

ULTIMAS PROVIDENCIAS DE LA JEFATURA SUPREMA.

Habla un diario placista:

"Se nos ha referido que, cuando el pueblo se apoderó anteayer de los cuarteles y se disparaban los postreros tiroteos, el Coronel Pedro Infante, con un legajo de papeles andaba en pos de alguna autoridad para entregárselo.

Como no apareciese ninguna, se aproximó al señor doctor Juan A. Orellana, que se ocupaba en asistir á los heridos y le manifestó lo que le ocurría y luego le depositó los papeles, los cuales contenían el texto original de los telegramas que el General Montero dirigía á algunas autoridades de las parroquias para ordenarles la deposición de las armas y la entrega de sus respectivas plazas, por cuanto así se había pactado en el arreglo de paz.

El doctor Orellana hizo aver entrega de ellos al señor General Leon-

("El Telégrafo".)

La prensa del litoral ha publicado también telegramas de Montero al respecto, y un cable dirigido al Coronel Otoya, después de preso, manifestándole que de la entrega de esa Provincia dependía la libertad de ellos,

que se encontraban prisioneros esperando el cumplimiento total de la capitulación,

VIOLACION DEL TRATADO DE PAZ.

El mundo ya conocía que se había firmado un tratado de paz como para violarlo era preciso falsear los hechos de una manera u otra. Enviaron cables al extranjero informando que los Generales Alfaro, Montero y Páez después de haberse embarcado en el "Chile" con las garantías convenidas habían desembarcado nuevamente para operar otro movimiento revolucionario.

Recordamos:

"Como lo anunciamos ayer, los Generales Eloy Alfaro, Pedro J. Montero y Ulpiano Páez, después de capitular y obtener del Gobierno Constitucional generosas concesiones, como la de garantizarles sus personas, vidas y bienes, embarcaron con rumbo a Panamá en el vapor "Chile". Entretanto, los tumaces en sus ideas pensaron luego en una contrarrevolución y desembarcaron nuevamente en lugar distinto ocupado ya por fuerzas

é infamia.

Más tarde ya se podrán establecer exactamente los hechos.

Copio de una carta de Quito:

LOS GRANDES CRIMENES DEL 28 DE ENERO EN QUITO.—IMPOR-
TANTE CARTA DE UN TESTIGO PRESENCIAL.

“Quito, Febrero 18 de 1912.

Señores doctor Demetrio Rodríguez V. y Juan Clímaco Rivera.

Popayán.

Queridos amigos:

He deseado escribirles desde hace varios días, y ahora lo hago con agrado, para saludarles con el viejo cariño que aviva y afianza la ausencia y comunicarles por si lo ignoran, algunos detalles de los sucesos del día 28 de Enero de que fué teatro esta capital.

¡Aquello constituye el crimen más horrendo de la Historia y la vergüenza de una raza entera!

A los desgraciados Generales Eloy Alfaro, Flavio E. Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y al periodista Luciano Coral, los trajeron directamente de Guayaquil al sacrificio, pues la prensa de esta localidad se había encargado de atizar el incendio contra ellos, pidiendo que les aplicaran la misma pena que á los Gutiérrez en Lima.....!

Los metieron á Quito á las doce del día domingo indicado, cuando todo el mundo estaba desocupado y acudía á la estación á recibir á los Bata-

mente, se repartieron invitaciones desde la víspera.

La presencia de estos Generales liberales, ante el tumulto inmenso, fué una verdadera provocación cruel y criminal que hizo que ellos fueran seguidos de ríos de gente ultramontana y enfurecida, de todas las clases sociales de Quito.

En el Panóptico se había colocado, exprofesamente, una guardia de

para defenderse....! Ahí los fueron sacrificando de uno en uno de la manera más cruel y salvaje....! Entre los soldados y los *curuchupas* (godos del Ecuador) les asestaban balazos y puñaladas y robaban sus equipajes, la ropa que tenían puesta, todo, todo hasta dejarlos completamente desnudos. El Capitán de la guardia, dado de baja por don Eloy el año pasado, en unión de unos cocheros conocidos por todo Quito, mató al ex-Presidente, quien al sentir abrir la puerta de la prisión, dijo en voz alta y con mucha entereza: "¿Qué quieren ustedes de mí?" Un tiro de rifle en un ojo fué la respuesta, y tras el tiro el robo de sus prendas personales y veinte puñaladas en el cuerpo.....!

A patadas y engarzado en las bayonetas lo sacaron hasta la calle, en donde lo amarraron del cuello y de los pies para comenzar el desfile patriótico de arrastrarlo desnudo, completamente desnudo, bajo las miradas públicas, y dejando los sesos en los filos de las piedras hasta el día siguiente que los perros y las lluvias se encargaron de destruirlos....!

Los Generales Flavio E. Alfaro y Ulpiano Páez reclamaban, en su defensa, la acción del Gobierno, pero su voz se ahogó en el vértigo del crimen.....!

El periodista Coral gritaba que él era un escritor público, que su periódico había sido solamente un relator de la guerra; pero vivo aún, le echaron una zoga al cuello y mil manos criminales le arrastraron por toda la ciudad.

Al General Medardo Alfaro le asesinaron los soldados y los asaltantes en un estrecho pasadizo, y al General Ulpiano Páez, considerado como el único militar técnico del país, le acribillaron á tiros y á puñaladas en su misma celdilla.

El General Manuel Serrano, persona muy acaudalada, hombre de carácter benévolo, no tomó participación alguna en la revuelta de Montero, pero lo encuadernaron iníamemente entre los prisioneros y lo remitieron á Quito con fines malvados hasta la exageración.....!

Cuando la soldadecza y la turba lo iban á abalear, él gritaba: "Soy inocente!" Los disparos son el eco de su voz y cayó entre ese tumulto de bandidos, quienes se daban palos y culatazos en los pasadizos, para repararse el dinero, el reloj y las ropas de esa víctima verdaderamente sin participación ni culpa política.....!

A don Eloy le cortaron la barba (pera) y empatada en una bayoneta la paseó una mujer por todas partes. Lo mutilaron frente á la casa de Freile Zaldumbide (esquina de San Agustín) y sus órganos.....los tiraban por la calle como hacen los muchachos con las pelotas de petróleo

en las fiestas. El infortunado General Páez exhaló el último aliento de la vida en la Plaza de Santo Domingo; es decir, seis cuerdas abajo de donde los comenzaron á arrastrar, completamente desnudos....!

Al General Flavio Alfaro fué el último á quien asesinaron, y casi no logran su intento, porque á pesar de la herida de Yaguachi se incorporó en la celda con un valor admirable, se colocó tras de la puerta y desviaba los cañones de los fusiles en la suprema angustia.

Al fin cayó de dos tiros; pero como aún no había muerto lo lanzaron del segundo piso al primero, en donde lo ultimaron descargándole golpes con una enorme barra; una mujer le rompió el vientre con un puñal y le vació las tripas.....!

Los cuerpos desnudos fueron arrastrados con zogas por el pueblo, compuesto de toda clase de gentes de esta ciudad, como puede verse en las fotografías que se tomaron de esa orgía vergonzosa. Se señalan damas que arrojaban zogas á la concurrencia para que arrastraran á los cadáveres, los que conducidos al Ejido, fueron quemados sobre piras de leña y de petróleo. Ahí, al pie de esas hogueras, se cometieron las profanaciones más atrevidoras.....!

A don Eloy lo quemaron en la misma pira con Coral, colocando la cara de éste con el tracero de aquél. Se divertían en descuartizar los cuerpos inanimados, en pincharles los ojos, en cortarles la lengua, en buscar en sus entrañas un solaz indescifrable!... Todo se hizo al grito siniestro de ¡VIVA LA RELIGION! ¡MUERAN LOS MASONES!

En este día memorable de orgía frailuna, se registran detalles espantosos, que parecen invetnads por la fantasía de un genio infernal, pero que son la verdad pura y palpitante del espantoso salvajismo. No me atrevo siquiera á narrárselos, porque causan terror, vergüenza, indignación sin límites al considerar el grado de perversidad humana.....!

Una canilla y un pie de don Eloy los tiene un amigo leal del difunto, porque él pudo arráncarlos á los perros que mataban el hambre con ellos en el llano. El brazo Viejo guerrero lo compró por un sucre un extranjero, después de haber sido tostado por las llamas: el mismo brazo que manejó una espada que le hace honor á esta Patria y firmó Leyes y Decretos que constituyen la jurisprudencia liberal de un pueblo....!

Concluyo esta relación, porque el espíritu se subleva de espanto y de ira al considerar que existan así pueblos en la tierra, y no termino, sin advertirles que es el Gobierno actual del Ecuador el único responsable y autor directo de esta matanza sin nombre y sin ejemplo".

.....
.....

N. N.

La catástrofe ha sido pues cruel y aterradora en la magnitud de la importancia del hombre que fué víctima.

Entiendo que se trata de castigar actualmente á los que directamente asestaron el puñal, al populacho. Está bien.

Pero la justicia no existe sino se juzga á los cabecillas; los que tengo señalados documentos en mano.

Plaza, Freile, Navarro, Díaz, Sierra, los Ministros...están convictos y confesos ante la ley y ante los hombres.

Freile cree haber escapado á la justicia yéndose á Europa. El no sabe que en el castigo de este crimen está interesada la humanidad entera y no habría gobierno que se niegue á una extradición á nombre de esa humanidad infamada.

EL CRITERIO JUDICIAL.

La sentencia de un juez estriba tanto en los antecedentes morales del sindicado; como en las anteriores relaciones que guardaban entre sí la víctima y los victimarios.

Al establecer el historiador el proceso de los grandes crímenes cometidos en Enero; tendrá que observar desde luego, que ellos fueron dirigidos principalmente en contra de la personalidad de Eloy Alfaro por sus enemigos venales, y al hacer el examen de los sindicados, profundizará su estudio sobre los antecedentes y previas vinculaciones entre unos y otros.

Y así como en los antecedentes políticos de Plaza encontrará poco abono, en favor de su hombría de bien; en cambio en los de Freile, verá el caso de como la cobardía y el apego ilimitado á sus riquezas pueden conducir al hombre á los más negros delitos. Freile no tenía porque odiar á mi padre; ni lo creo de instintos criminales; pero ante la exigencia de nuestros enemigos, ante el peligro de su persona, se asoció en primera línea al peor de los asesinatos.

En Agosto tambien por el temor de que no sufran su persona y bienes por causa políticas, infamo su nombre prestándose á la traición más infame.....

Yo lo conozco, es un degenerado de la peor especie!

Buscando el origen de Sierra por ejemplo; lo encontrará el juez de indígena, luego matarife, alquilado de soldado raso en un batallón, ascendido á Jefe y de allí viene á Presidente del Concejo de guerra que Plaza le asignaba á Eloy Alfaro.

En cuanto á Plaza su traición y su venganza para con mi padre viene de tiempo atrás como se conocerá más tarde con detalles. Y el desenlace actual solo es el resultado lógico de las relaciones entré un benefactor y un beneficiado desde los tiempos bíblicos: Judas traicionado á su maestro estableció la regla, y Plaza traicionado y haciendo asesinar á su benefactor, solo se encuentran dentro de un orden de cosas ya establecido por la propia naturaleza del género humano.

Como sabemos su felonía se hace notable desde su elección de Presidente.

Llamado el General Alfaro en el 95 por los pueblos del Ecuador como Jefe del Estado, Plaza su protegido, lo siguió, y cuando llego el momento de elegir su sucesor al solio presidencial se produjo en la Nación una fuerte crisis política, y el Presidente Alfaro se vió obligado á sacar triunfante á un tercer candidato: Leonidas Plaza G.; el país se sorprendió por lo desconocido del postulante, pero la recomendación de mi padre á sus amigos le bastó para ser elegido Presidente de la República.

Mi padre al recomendarlo indudablemente conceptuaba que se conduciría con honor. Cambió de circunstancias y escenario; cambió de vida.

Pero se engañó, la traición y la infamia lo asechaban una vez más! No acaba de ser elegido Presidente cuando ya Plaza entraba en contacto con los enemigos de mi padre y su partido, y esto llegó á tal extremo que le exigió renunciara la elección; pero ya fué tarde, pues la traición, políticamente hablando estaba consumada. Plaza se encontraba rodeado y apoyado por todos los anti-Alfaristas á quienes los lanzó contra mi padre en cruzada villana. Mientras tanto se desentendió de sus coloquios conservadores y se volvió un radical furibundo. (Debo advertir que Plaza en Centro América servía sin escrúpulos á conservadores y liberales.)

Entre los escritos de mi padre que debían ser publicados después de su muerte, existe una extensa relación de la lucha presidencial de esa época. Por ahora solo reproduzco unos cortos párrafos que dan una idea de las últimas relaciones de Plaza para con él, y que por ser de tan

respetable origen harán autoridad entre los lectores del proceso, en el análisis de la personalidad moral del principal sindicado.

De ellos se trasluce, la difícil y precaria situación de Plaza cuando fue elegido Presidente; la manera como evolucionó hacia los enemigos de mi padre; y finalmente, los duros epítetos de traidor é ingrato con que lo señala aquel, á quien él hipócritamente decía á sus electores querer tanto como á su propio padre.

Léanse estos lijeros recortes de la narración:

.
.
.

“Sospecho que le aconsejaron (á Plaza) anticipar su regreso á Quito, con el objeto de ponerse á la voz conmigo y disipar los informes adversos, y resolvió hacerlo así. Pero carecía de recursos para hacer gastos de viaje: lo que pidió se le suministró. Contra mi voluntad me veo en la necesidad de consignar este y otros particulares, de los que hablaré especialmente en su lugar, para desvanecer cargos insidiosos.

“Se multiplicaban las noticias de carácter privado de que existían tratos entre Plaza y algunos conservadores de Provincias.....

.
.
.

“La inmensa turba de enemigos de la causa liberal, que habían sido vencidos en una lucha sin precedentes y que veían defraudadas sus esperanzas de reaccionarse se convirtieron al punto en desafortunados placistas aprovechándose hábilmente de la ocasión: ya dejó Plaza de ser el odioso candidato oficial, para convertirlo en ídolo de sus esperanzas.

.
.
.

“Lo que antes fue imposición oficial, íncua y perversa en favor de un filibustero que había perdido hasta el derecho de ciudadanía, se convertía para mis enemigos por arte de birlibirloque en correcto y magnífico y santo.

.
.
.

"Este triunvirato tendría por misión primordial convocar á los pueblos á nueva elección presidencial, si es que yo antes de separarme del solio no hubiera podido hacerlo, como pensaba indicarlo en el Manifiesto que iba á dirigir á la Nación recomendándole dispusiera de sus destinos.

"Tenía la seguridad de que de la misma manera que la inmensa mayoría de la República había escuchado mi recomendación en favor de Plaza me haría justicia por mis diligencias al tratar de ponerla á cubierto; no solamente de un traidor sino también de las arterías de un ingrato.

"La ingratitud es para mí el último escalón de la humana depravación, y como dijo el gran Olmedo: "el hombre ingrato, es un monstruo que da horror."

.
.
.

EL CULPABLE BUSCA EL SILENCIO.

En una publicación sobre los crímenes de Enero se anota el hecho de que Plaza y su cómplice Navarro no quieren ni remover el asunto de que se les acusa menos defenderse. Léase en el siguiente capítulo la forma en que se les acusa:

"Uno el criterio para juzgar y condenar los asesinatos uno el veredicto de la prensa universal contra los asesinatos señalados unánimemente sin discordancia la más pequeña al establecer responsabilidades. Y concretamente, un hijo de una de las víctimas, el Coronel Olmedo Alfaro, tiene ya denunciados á los culpables en estos perentorios términos:

"Por todos estos acontecimientos y puesta la mano sobre la conciencia, yo acuso del salvaje asesinato perpetrado en la persona de mi padre, en primer lugar, al "General Leonidas Plaza Gutiérrez;" en segundo lugar al "doctor Carlos Freile Zaldumbide," y en tercer lugar á los Ministros "Octavio Díaz," "Juan Francisco Navarro," "Carlos R. Tobar y demás colegas."

"Viene á pelo una reminiscencia histórica. Asesinado el Gran Mariscal de Ayacucho, denunció como responsables del crimen el General Luis Urdaneta á sus enemigos personales los señores Generales José Hila-

rio López y José María Obando, en hoja volante publicada en Bogotá. Llegados luégo triunfantes dichos personajes á esa ciudad en revolución contra el General Rafael Urdaneta, hermano del acusador, que terminó con los tratados de Apulo; hecho cargo del Poder Ejecutivo el General Domingo Caicedo y nombrados los acusados, López, General en Jefe del Ejército vencedor y Obando Ministro de Guerra, renunciaron ante Caicedo los altos cargos fundándose en que así lo exigía el decoro de la Nación, no menos que la delicadeza personal de cada uno de ellos, para someterse á juicio por la acusación de Urdaneta. El único acusado que no aplicó los códigos del honor fue el General Juan José Flóres.

No son enemigos personales los que acusan á Plaza el pretendiente, el candidato á la Presidencia de la República, y á Freile, Díaz y Navarro; es la Opinión Pública, es la prensa mundial, horrorizadas con la serie de crímenes espantosos por ellos cometidos en connivencia con los fanáticos de Quito, como se desprende de los hechos narrados en este volumen ¿ Qué hacen sin embargo los acusados ? ¿ Por qué no han seguido el ejemplo de López y de Obando ? ¿ Por qué siguen el ejemplo de Flóres ?

“La Historia lo dirá.”

Verdaderamente Freile y cuatro de sus Ministros, aunque sin éxito han tratado de defenderse en su manifiesto. El mismo Coronel Sierra ha publicado por allí no recuerdo que tentativa de excusa en un periódico. Y solo Plaza y el Ministro Navarro permanecen en el más temeroso mutisimo, ni siquiera acusan ya al pueblo Ecuatoriano.

Probablemente Plaza y su inseparable Navarro esperaban que el primero se hiciera elegir Presidente y después vengan declaraciones, jueces, testigos oculares de esfuerzos sobrehumanos hechos por salvar á los presos del viaje á Quito, etc., etc.

Siendo Gobierno esperan disponer de los elementos necesarios para corromper y tergiverzar todo. He allí la clave del silencio.

PROGRAMA DE ELIMINACION.

Publicamos nuevos testimonios de que el programa de asesinatos y eliminaciones era ya cosa resuelta de antemano como medida política.

“Para extinguir las revoluciones, es necesario extinguir, por lo menos á los cabecillas; pedimos, pues, que no proceda con la generosidad cri-

“minal con que hasta ahora se ha procedido con los esbirros del alfarismo.”

(Del número 733 del periódico placista “La Prensa”, de Quito, de 17 de Enero próximo pasado).

“El Partido Liberal tiene orgullo en haber combatido el alfarismo en todo terreno y sin descanso. Muy pronto tendrá la gloria, con el auxilio de todos los ecuatorianos patriotas de haber extirpado radicalmente del organismo nacional al vergonzoso alfarismo.”

(“La Constitución,” periódico gobiernista del Ecuador).

Todo esto queda confirmado con la muerte del General Julio Andrade.

Hubo también necesidad de eliminarlo y contra él se fueron. Su hermano Daniel Andrade los sindicó tan claro como le permite la circunstancia de vivir en Quito, entre los propios asesinos constituidos ya en Gobierno.

“Se han allanado, dice, el camino del poder pero encontrarán el solio tinto en la sangre generosa, de un valiente y abnegado patriota, y esa noble víctima, fija siempre la mirada en su victimario, clamará venganza en todo tiempo.”

Según opinión pues, de los deudos del General Andrade al escalar Plaza el solio Presidencial para el que se ha allanado el camino lo encontrará tinto en sangre y la mirada de Julio Andrade fija siempre en su victimario clamará venganza en todo tiempo.

Léase:

Contestación á un telegrama.

Quito, Marzo 25 de 1912.

Señores César Espíndola, Augusto del Hierro, Pedro Celestino Acosta, Roberto Grijava, José Eladio Acosta C., Nicanor Jaramillo, Federico Martínez Acosta, Nicolás Burbano, Comandante Euclides A. Romo, Luis Burbano, y demás firmantes.

Tulcán.

No he recibido el telegrama que me han dirigido el 7 del presente; lo he visto publicado en "El Ecuatoriano" del Sábado 23.

Ustedes, bravos y altivos carcheneses, no podían ni debían quedarse en silencio sin protestar indignados contra el cobarde y alevoso asesinato perpetrado en el noble hijo del Carchi, General Julio Andrade, que significa en verdad un golpe de muerte asestado en el corazón de la República. Lo sacrificaron ciertos malvados que no tuvieron el valor y entereza suficientes para enfrentarse con él y que temblaban en su presencia como tiembla el criminal ante un juez severo é implacable. Se han allanado el camino del poder, pero encontrarán el sollo tinto en la sangre generosa de un valiente y abnegado patriota, y esa noble víctima, fija siempre la mirada en su victimario, clamará venganza en todo tiempo.

Soy de usted paisano y amigo afectísimo.

Daniel Andrade.

("El Ecuatoriano" No. 2.039, Guayaquil).

Y sin embargo esos degenerados que paga el placismo, ó que esperan de él alguna gracia hacen saber al que les presta oído, que Andrade murió también por obra de los conservadores.

También el joven hijo de don Luciano Coral protesta desde Guayaquil en los siguientes términos:

MI PROTESTA.

Yo, como ecuatoriano é hijo de una de las víctimas, protesto del asesinato verificado en Quito en la persona de mi señor padre, Coronel Luciano Coral; quien por el hecho de no ser adicto al General Plaza y el de exponer por la prensa su modo de pensar, fué enviado á la Capital para la premeditada massacre.

La voz de los ecuatorianos que protestan, se perderá en el espacio: más, queda la constancia de no haber encubierto con su silencio, lo que en los años podrán hacer olvidar á sus deudos.

A. Zorobabel Coral.

28 de Abril de 1912.

("El Tiempo" No. 4925, Guayaquil).

Al menos debemos reconocer en los deudos más conocimiento y sano interés en el asunto que cualesquier ser extraño á las víctimas, en quienes puede tener más influencia el sentimiento partidarista que el amor al sacrificado, y la debida veneración á su memoria.

LA DIFAMACION AÑADIDA AL CRIMEN.

“La calumnia, se ha dicho, es el culto forzado de la envidia al mérito: los tradicionalistas que difaman al General Alfaro y á su partidarios los están recomendando á la posteridad y levantando sin comprenderlo el monumento que merecen los Regeneradores de la Nación.”

Mientras en la prensa asalariada, en los escritos anónimos que acozumban y con nuevos bríos se insulta y se denigra la memoria de sus víctimas con el propósito pueril pero inicuo, de amenguar el crimen; fuera del alcance de sus dicerios hombres ilustres de diversas naciones y lenguas, se reúnen para enaltecer sus virtudes y á nombre de esa misma humanidad infamada en sus personas, depositar sobre sus tumbas la corona que reciben los benefactores de sus semejantes.

Mientras esos mismos escritores mercenarios sacrifican el buen nombre del pueblo ecuatoriano por defender de la acusación universal á presuntos caudillos; escritores independientes salen á su defensa y señalan con sus nombres los perpetradores del horrendo atentado.

Tampoco faltan hombres de honor que en distinguidas colectividades extranjeras, y en medio de oradores del todo extraños á la Nación ecuatoriana, levanten su voz y como eco justiciero de su pueblo les hagan saber que el Ecuador ha mirado con horror las iniquidades del 28 de Enero, y que maldice el primero las manos inicuas que han escrito la página más negra en la Historia de América.....

Que siendo el martirio el complemento de grandes y nobles hechos! Eloy Alfaro debía recibirlo, pues su misión habría carecido de sello grandioso, sin el trágico fin de todos los benefactores del linaje humano!

Me refiero al ilustre estadista doctor José Peralta, amigo distinguido de mi padre, quien en la velada fúnebre que tuvo lugar en esta ciudad pronunció entre numerosos oradores extranjeros el siguiente notable discurso, en el que al mismo tiempo que defiende al Ecuador de la culpabilidad del crimen hace reminiscencia de la vida política del General Alfaro.

He aquí este notable trabajo:

DISCURSO PRONUCIADO POR EL DOCTOR JOSE PERALTA EN LA
VELADA FUNEBRE DEL 19 DE MARZO EN HONOR DEL FINADO
GENERAL DON ELOY ALFARO.

“Señores:

Os habéis congregado para tributar un doloroso homenaje á la memoria de un gran ecuatoriano, y, como amigo y compatriota de aquel varón eminente, no puedo dejar de unir mi voz á la vuestra, para deplorar la inmensa pérdida que ha sufrido mi desventurada Patria, y la humanidad misma, porque Eloy Alfaro era servidor del progreso y la libertad del mundo.

Allá, tras de las olas que bañan nuestras costas, hay una tierra muy hermosa y muy digna de la felicidad y la grandeza; una tierra que para el proscrito privado de ella, no se parece á ninguna otra tierra, porque alberga todos sus recuerdos y todos sus afectos, la cuna de sus hijos y el sepulcro de sus mayores. Esa tierra querida, al par de la vuestra, es de estirpe de gigantes, y nació entre laureles, arrullada por la gloria y por los épicos cantos de la emancipación sud-americana.

Esa tierra es el Ecuador; pero un fatal desenvolvimiento de sucesos la redujo otra vez á la servidumbre, y retorcese la noble hija de Bolívar bajo la férula de los tiranos que consiguieran esclavizarla. Otra vez la superstición y el fanatismo, como venda de plomo ardiente, mataron la pupila del pueblo ecuatoriano; otra vez la iniquidad y el crimen, en nombre de Dios y el Cristo, fueron insensados por la muchedumbre; otra vez la ciencia y la virtud viéronse proscritos y perseguidos como impiedad y heregía; otra vez la libertad subió al patíbulo, y el progreso y la civilización sufrieron el anatema sacerdotal y fueron borrados de las grandiosas aspiraciones de aquella desventurada Nación. La obra de los gigantes había desaparecido en pocos años: Bolívar habría repetido con razón, al contemplar nuestras desdichas, que los libertadores habían arado en el mar!

Necesitábase un hombre que principiase de nuevo la heroica labor de romper las cadenas del pueblo ecuatoriano y colocarlo en los caminos de la luz y el adelanto; mas quién era capaz de luchar y vencer á la hidra negra que nos envolvía y estrujaba entre sus anillos de hierro candente? Muchos patriotas esclarecidos acometieron la empresa y cayeron vencidos; los unos en el campo, con las armas en la mano; los otros en el caldoso; los de más allá envenenados con la hiel del ostracismo, lejos, muy lejos de la amada patria que habían querido libertar!

Por fin se presentó el anhelado campeón, el hombre predestinado á pulverizar el yugo que nos oprimía y á inaugurar una éra de libertad y progreso; y ese hombre extraordinario fué Eloy Alfaro.

Llevando en el alma, á modo de fuego, inextinguible y sacro de las vestales, un amor sin límites á su patria, y la fé más inquebrantable en su misión libertadora, lanzóse á la ardua labor de redimir á un pueblo; y luchó sin tregua ni descanso durante toda su larga existencia, para realizar sus patrióticos y humanitarios votos. Peregrino de la libertad, recorrió la América, implorando adhesión y apoyo á la causa santa que defendía; vencido aquí y triunfante allá, su vida no fue sino un tejido de dolores y esperanzas, de sacrificios y heroicidades, de épicos esfuerzos y sangrientos desastres, sin que jamás el desaliento penetrara en aquel corazón de diamante. Para el impertérrito y convencido Varón, la misma gloriosa derrota de Jaramijó no fué sino la aurora del triunfo, el vaticinio más seguro de la libertad de la patria.

Y venció en la desigual y sangrienta lucha; la constancia y el valor heroico, la convicción y el patriotismo del Caudillo, ahogaron la tiranía y la hierocracia y surgió el Ecuador á la vida de la luz y de la libertad verdadera. Moribundo el monstruo acometió todavía á su vencedor, en múltiples y cruentas convulsiones que sembraron de ruinas y escombros nuestro suelo; mas, fueron vanos todos sus furoros ante la invencible energía de Alfaro; y la regeneración ecuatoriana siguió su camino triunfal, con aplauso de todas las naciones de América.

Dedicóse Alfaro á la reforma de las instituciones y á promover el progreso de su país, después de haber combatido con la espada á los mantenedores de prejuicios y preocupaciones, de tiranías y tradicionalismos afrentadores de la humanidad; y en tan difícil labor, manifestó el mismo constante ardimiento, la misma intrepidez incontrastable, la misma fe creadora, que cuando cruzaba los mares y las montañas seguido de sus valientes camaradas en demanda de la muerte ó de la libertad de sus hermanos.

Y las leyes ecuatorianas consagraron la libertad de conciencia y de cultos, del pensamiento y de la enseñanza, de la prensa y de la palabra; las leyes ecuatorianas colocaron el matrimonio bajo su protección directa, como que es el fundamento y la base de la sociedad; las leyes ecuatorianas proscribieron el fanatismo y la superstición, las penas inquisitoriales y el verdugo; las leyes ecuatorianas suprimieron el poder eclesiástico y la envenenadora acción del monaquismo; las leyes ecuatorianas proclamaron la inviolabilidad de la vida y del hogar; en una palabra, despedazaron todos esos hierros con que el interés hierático y la ambición de los tiranos habían maniatado el alma del pueblo ecuatoriano.

Alfaro vio que, para cimentar su obra, era menester difundir las luces; y multiplicó las escuelas y los colegios, los planteles de artes liberales y oficios mecánicos; dándoles el sello de establecimientos laicos y libres de todas influencia deletérea. Vió que era menester crear maestros para el día de mañana, propagadores de las nuevas ideas que en lo sucesivo habian de regenerar y redimir á las muchedumbres; y fundó las escuelas normales, y mandó centenares de jóvenes á Europa y á Norte América, para que adquiriesen conocimientos en todos los ramos del saber humano. Alfaro no limitaba sus afanes al presente; preparaba también trabajadores y apóstoles para el porvenir.

En el orden material, realizó lo que sus antecesores habian tenido por imposible. Unió, mediante el ferrocarril más atrevido de América, á la Capital con la Costa; principió otros ferrocarriles, destinados á llevar la prosperidad á regiones abandonadas; abrió caminos y embelleció ciudades; construyó palacios y fomentó las industrias y el comercio; cuadruplicó las rentas públicas y restableció el crédito; en fin, sentó las bases de un futuro de prosperidad y grandeza envidiables para la República.

Generoso y magnánimo, tuvo muchas veces en sus manos á sus peores enemigos; y su venganza única fue el perdón y el olvido.

En su vida privada, ejemplo de virtudes y de hidalgo comportamiento: en la vida pública, magistrado sin tacha y modelo de buenos ciudadanos: ese era Eloy Alfaro.

Tomó ciudades rebeldes, á sangre y fuego; y en el instante mismo proclamó siempre la amnistía más amplia, la protección más decidida á la vida y á los bienes de los rebeldes. El rencor jamás se anidó en su noble pecho: nunca la venganza y la crueldad mancharon sus triunfos. Multitud de prisioneros tuvo, después de sangrientas batallas en que habia perdido amigos; y, sin embargo, siempre compasivo y noble, distribuía dinero y vestidos á sus adversarios de la víspera, y los ponía en completa libertad.

Pero, el rencor de los fanatismos y de las tiranías es inmortal; no perdona jamás al que ha tenido la osadía de herirlos. Alfaro, invencible con la espada en la diestra, fue sin cesar combatido por la calumnia y el dictorio, con la difamación atroz y el insulto villano; la traición y la envidia se aliaron para abrir los abismos á los pies del Reformador; el odio hierático ardía como incendio en las inflamables turbas y las ambiciones más rastrocas soplaban á la continua en aquel fuego preparado para devorar al vencedor de la teocracia.

—Me asesinarán—me dijo varias veces—pero mi sangre los ahogará y cimentará al liberalismo! Toda misión redentora es predestinación al mar-

tirio; y Alfaro se veía desde mucho antes, dentro de esa como penumbra que proyectan siempre los presentimientos funestos.

Cada paso que da la humanidad á su perfeccionamiento, se señala en océanos de sangre pura; y diríamos que no nos es dado seguir adelante la historia con una víctima nobilísima; nuestros adelantos morales no se cuentan sino pasando por sobre los cadáveres de nuestros mártires. Cuántos se han sacrificado hasta colocarnos á la altura de la civilización moderna? La ciencia y la libertad, la religión y la moral, todo lo noble y elevado que alienta y se perfecciona en el hombre, y lo impulsa sin cesar hacia arriba, comprámoslo siempre con el sacrificio de nuestros redentores. El martirio viene á ser en la historia, uno como sello de la grandiosidad de las acciones humanas; la garantía de perdurabilidad en toda obra redentora del género humano, ó de un pueblo en particular; una condición como indispensable para la inmortalidad y la gloria. Quitadle á Jesús de Galilea su cruz y corona de espina, y no acertaréis á explicaros cómo el Evangelio, el Código más divinamente humano que han tenido los hombres, ha pasado de mano en mano, de generación en generación, durante dos mil años, hasta llegar á nosotros. Arrancadle de las manos de Sócrates la copa de cicuta, y lo habréis privado de la inmortalidad, le habréis quitado á su moral la contraseña divina del martirio. Si Jordano Bruno y Arnaldo de Brescia no hubieran subido á la pira; si las cenizas de Juan de Hus y de Gerónimo de Praga no hubieran sido recogidas del quemadero y dispersadas al viento, las ideas de libertad y democracia no habrían germinado tan lozanamente y tan presto en los pueblos mismos que presenciaron aquellos sacrificios humanos. La incineración del cráneo pensador ha dado siempre más fuerza y brillantez al pensamiento que se albergaba en la cabeza carbonizada, se ha dicho con razón.

El martirio es el complemento de la gloria; la de Bolívar no habría sido completa sin la ingratitud de sus contemporáneos, y sin su agonía lenta, dolorosa y solitaria en Santa Marta. A Sucre, vencedor de los vencedores de Napoleón, le habría faltado un florón á su corona, sin los balazos de Berruecos.....¿dónde, dónde está el hombre verdaderamente grande, verdaderamente apóstol verdaderamente redentor, que no haya cargado con la cruz, ó saboreado la mortal cicuta?

A Eloy Alfaro le faltaba también el martirio; su misión habría carecido de sello grandioso sin el trágico fin de todos los benefactores del linaje humano. Grande por sus ideas y propósitos, grande por sus hechos y servicios á la Patria, grande por sus virtudes personales, necesitaba el pedestal de los grandes hombres, sobre el que se yerguen y dejan admirar por todas las posteriores generaciones. Alfaro, sin el horroroso martirio del 28 de Enero de 1912, acaso se habría confundido con otras celebridades nuestras que, á pesar de sus méritos, no han conseguido conquistarse la

primera fila de la Historia de su país; pero los mismos que ansiaban exterminar y anonadar al Reformador y al Héroe, los mismos que profanaron su cadáver y lo redujeron á cenizas, han contribuido eficazmente á la inmortalidad del Fundador del Liberalismo ecuatoriano. Ellos, ellos son los obreros providenciales que han colocado la piedra angular sobre la que, no muy tarde, se elevarán los monumentos, consagrados por la gratitud nacional, á la memoria del Mártir. Ellos, ellos los que, lejos de haber logrado borrar con sangre y horrores el nombre ilustre de Eloy Alfaro, lo han grabado en páginas más duraderas que el mármol y el bronce pues crimen tan enorme ha conmovido á todas las naciones y hecho que la fama pregonara, de confín á confín, los merecimientos y virtudes de la víctima. La maldición universal contra los asesinos, es la primera nota del himno perenne que la humanidad entona en loor de sus Mártires; y esta misma fúnebre reunión, de personalidades tan escogidas está probando que el duelo por la muerte de Alfaro, traspasa los límites de su patria, y halla eco y condolencia en todas las naciones civilizadas y libres. Si mis sentimientos de amistad no me ciegan, la América Latina está de pésame, porque Eloy Alfaro llevaba dentro de sí toda la grandeza de los ideales latino-americanos de este Continente para quien está ya brillando la auro-
ra de un porvenir de opulencia y primacía.

El pueblo ecuatoriano—que ha mirado con horror las iniquidades del 28 de Enero, y que maldice el primero las manos inéscuas que han escrito la página más negra en la Historia de América—el pueblo ecuatoriano, digo, os quedará muy agradecido por vuestras significativas y honrosas muestras de condolencia; y yo, señores, el último de los hijos de mi hermosa y afligida Patria gravaré en mi corazón el recuerdo de esta noche, y no cesaré de elogiar, como merecen, los sentimientos de nobelza, fraternidad y justicia, que tan altamente distinguen á nuestros hermanos de la República panameña.

He dicho."

EL ECUADOR Y EL MUNDO.

El honor del Ecuador como Nación está hoy señaladamente vinculado del deslinde de responsabilidades; y para que no se juzgue que mi calidad de hijo de una de las víctimas me hace abrigar el deseo de sancionar á los delincuentes, copio á continuación un párrafo de una revista de Europa que condensa la voz general de las colectividades civilizadas que habitan el Orbe.

Habla "Hispania", de lo. de Marzo, revista que no le va ni le viene provecho alguno con la política doméstica ecuatoriana; su autoridad es in-

discutible en el periodismo latino, se publica en Londres y colaboran en ella los más notables escritores, publicistas y hombres de Estado hispano-parlantes.

“La prensa en Europa, dice, ha venido publicando noticias pavorosas de la República Ecuatoriana. Hablan ellas de prisioneros torturados y asesinados por las muchedumbres. Todo hispano-americano se siente herido como por un látigo infamante con estas noticias. Plegue al cielo que no sean ciertas. Si lo fueren, incumbe como deber supremo al pueblo ecuatoriano, deslindar responsabilidades y probarle al mundo que si en su agrupación humana, como en toda agrupación humana, existen criminales, los hombres de bien saben ejercitar sanciones rescatadoras. Está en tela de juicio el honor de la República ecuatoriana, que, por solidaridad inquebrantable, está vinculado al de toda la América Ibera.”

(“Hispania”.)

Huelgan comentarios.

RESPONSABILIDADES Y SANCION.

En la situación á que hoy hemos llegado con el sereno análisis de los hechos podemos establecer las siguientes conclusiones:

1o.) Que el crimen del asesinato de mi padre se trató de cometer desde el 11 de Agosto, cuando salvó por intervención del Cuerpo Diplomático y del Ministro de Chile.

2o.) Que últimamente fueron capturados á traición, por el General en Jefe del Ejército y árbitro de la situación en esos días, don Leonidas Plaza G.

3o.) Que á él y compañeros se les envió á Quito á sablendas de que serían asesinados, según lo estatuye el mismo Plaza, agregando que el hecho se llevaría á cabo en la forma en que fue asesinado Quirola.

4o.) Que Plaza deliberadamente los envió á consignación de esa chusma de asesinos que en Quito capitaneaban Freile, Díaz, los periodistas y sacristanes.

5o.) Que son conocidos los instrumentos y cómplices de Plaza, como Navarro, Sierra, etc.



GRAL. JULIO ANDRADE.

“Los asesinatos de nuestros Generales constituyen uno de tantos crímenes horribles que la Historia registra y que sólo ella castiga: mi opinión formada ya. es que este crimen fue crimen de liberales de espada más bien que de bastón de mando, y su descubrimiento y el castigo de los delincuentes sería la caída inmediata y justa del Partido Liberal por corrompido y por infame.—Julio Andrade”.—(Jefe de Estado Mayor General del Ejército en la época de los asesinatos, quien á su vez fué asesinado por los mismos sindicados, en la noche del 5 de Mayo.)

6o.) Que el Gobierno de Quito fue solidario de estos crímenes en su premo grado, colectiva é individualmente.

7o.) Y que de estos considerandos lógicamente se desprenden los demás que deajo anotados en mis dos folletos anteriores.

Cometido el crimen del asesinato de mi padre y sus compañeros; se volvieron sus verdugos con sus armas ensangrentadas contra el honor de la Patria Ecuatoriana. Y establecieron valiéndose de los grandes recursos del Estado, los infames hechos siguientes:

1o.) Que Plaza y el Gobierno nada tienen que ver en estos crímenes.

2o.) Que el pueblo del Ecuador fue el único culpable de aquellos atentados, que horrorizaron al universo, por su extraordinario salvajismo y reincidencia.

3o.) Que esta responsabilidad le fue oficialmente atribuida á los pueblos de Guayaquil y Quito y que como explicación de los hechos, fue transmitida esta acusación á todas las naciones junto con el relato de la tragedia.

4o.) Que en vista de esta información dada por los verdaderos asesinos, todas las naciones civilizadas del universo calificaron al Ecuador como país de caníbales y lo condenaron á eterno baldón.

5o.) Y entonces los mismos culpables que se habían escudado tras el buen nombre del Ecuador, nuevamente á nombre de él, cargaron contra la prensa universal y asentaron para su propia conveniencia, que el Ecuador no debe considerar como amigas á las demás naciones y en especial á nuestras viejas hermanas Chile y Colombia. Traicionado así los intereses ecuatorianos para escapar ellos de la sanción universal.

Queda, pues, planteado el asunto en esta forma:

Aceptará la responsabilidad de los crímenes y el inri de la afrenta el pueblo ecuatoriano, como lo han establecido los asesinos, sus cómplices y sus amigos?

O por el contrario, como yo lo he demostrado, el culpable no es el pueblo, sino las personas y entidades que se han determinado. Y en cuyo caso toca á ese pueblo por propia conveniencia, ante sí y ante el universo, conseguir de una manera efectiva que la justicia cumpla con su deber.

Nosotros, las víctimas, primeramente deseabamos que se conozcan los culpables y lo hemos conseguido. Toca al Ecuador juzgarlos y sentenciar. Su honor está de por medio y el mundo civilizado lo contempla.

OLMEDO ALFARO.

Panamá, Mayo de 1912.

OTRA ACUSACION.

Damos cabida en este libro á este opúsculo que aparece como escrito en la Imprenta "La Ley", Panamá, imprenta que no existe en esta ciudad; pero sabemos que fue escrito en Quito, en la ciudad de los crímenes y en los días del terror. Su autor y los impresores han querido por derecho de propia conservación, ocultar sus nombres.

Y lo reproducimos porque en él se citan algunos incidentes nuevos y se dan nombres propios, que, con excepción de unos pocos, en su generalidad los creemos (por sus excesos de animosidad á Alfaro y los suyos) complicados en la vergonzosa tragedia.

Hoy es cuando el deslinde de responsabilidades está planteado, y es deber de publicistas hacer luz al rededor del crimen; invitar á aquellos que sean inocentes á defender sus nombres y ayudar al restablecimiento de los detalles del drama, ya que sus grandes líneas ya están designadas.

He aquí el folleto en cuestión:

PAGINAS LUGUBRES.

Traición.— Sangre.— Luto.— Miseria.— Hipocresía.— Escarnio.— Vergüenza.— Fiestas macabras.— Canibalismo.— Impunidad.

¡Sí! Todavía hay tiempo para escribir, para hablar!

La ignorancia mancilla nuestras almas, la vergüenza quema nuestra faz!

Necesario es hablar y hablaremos!

¡Sí, claro, sin ambages y con verdad!

Fuera caretas! La hipocresía es socaliña, engaño que martiriza, corrompe y ofusca á las almas nobles!

Precisa descubrir su forma artera, peligrosa, con valor y sin piedad!

Su labor es criminal: en los pliegues de su manto oscuro se crían parásitos de engañosa forma, cual muchos personajes que elevados por las inconsciencias de las multitudes no fijan vistas en su falsedad!

Y de éstos hay varios, muchos; son criminales de alta escuela!

Pero el criminal aunque alcance la impunidad, nunca puede escapar á los remordimientos, decía Pirón; y hoy, no escapan!

Habiendo, como hay, entre nosotros, en el Ecuador, criminales fieras, chacales hambreados, necesario es descubrirlos, desnudarlos, depurar de la sociedad á esos ídolos de lodo, para prevenir la mayor gangrena social!

Ocultos con el manto de una hipocresía sagaz, hábil, enredados en una política insidiosa, artera, suspicaz, logran disfrazar sus instintos feroces, en forma de interés general y aun lo dicen, lejos, muy lejos de todo beneficio particular!

Y en esta época, hoy, como nunca, que no hacemos más que cambiar abismos, á la impetuosa política de esos desalmados, un soplo la agita y la pone en convulsión!

Ellos, los hipócritas, fueron los de la traición infuca, los que dieron al traste con la majestad y soberanía de la República del Ecuador, el negro cual espantoso día 11 de Agosto de 1911.....!

Y Quito, llamado "Luz de América" conoció todas sus perfidias, el quebrantamiento de su moral ingénita!

La dignidad se suicidó, y por ello, la concupiscencia trepó en el maldado dejando rodar en el estercolero de inmundas pasiones y bajezas la honra ciudadana y ahorró á la virtud con los arrapiezos del delito!

Y se ahogó la libertad, pero no se ahogó el libertinaje carnavalesco envuelto con el hediondo ropaje del vicio, cloaca de verguenzas y desdichas!

Allí triunfó el delito, elevóse el crimen y fué el escarnio su apoteosis!

Luego, momentos después, ingratos, felones, corrompidos y corruptores de todo lo noble, de las conciencias ignaras, repartiéronse del festín las viandas que devoraron al ruido de toques de cornetas, tambores, tiros de fusil, de pistola, músicas y otras algaradas macabras, asesinando á mansalva, sin enemigos con quien combatir, robando y arrojando sin piedad al basurero con alegrías diabólicas la honra de algunas infelices y más criaturas inocentes!

Y calló la prensa, la justicia cerró sus labios y la ignominia se acentuó más sobre nuestras almas!

Pero había caído Alfaro, sus amigos y eso bastaba; lo demás ¿qué importa?

Muertos unos, deshonrados otros, saqueados aquellos, ¿para qué parar mientes en asuntos de justicia popular cuando estaba satisfecha la obra?

Y los muertos se pudren reclamando justicia en el silencio de sus tumbas, los saqueados no son oídos, y por honras, á los infelices sólo les queda como un recuerdo triste, las sarcásticas carcajadas de sus victimarios.....

Gloria para tí, traición!

¡Pobre Ecuador!

Desgarrada la suprema Ley, rota en mil pedazos las instituciones civilizadoras, estropeadas, muertas la mayor parte de las garantías ciudadanas, el anarquismo en forma vedada asalta el poder, constituyese en especie de gobierno y proclama el imperio de las mismas leyes, que sin el menor escrúpulo en pavorosas horas acababa de rasgar!

¡Cuánta ironía, cuánto cinismo!

La traición estaba consumada!

Un Sanhedrín ó Sínodo falso, venal en su mayoría, compuesto de hom-

bres llenos de odio, rencor, los más con una inconsciencia extrema, analfabeta, por lo menos, codiciosos de poder ó resonancia política, aprobaron los hechos y en su mayoría fueron ellos mismos patrocinadores!

Y dijeron ser Congreso! Dictaron leyes á su favor y ocasión, repartieron dádivas con prodigalidad en sus secretarías, pidieron fijar placa humillante á la entrada principal del Palacio de Gobierno que menoscabara las ejecutorias bien merecidas del Presidente Alfaro, y miles actos ridículos, innobles para con el caído, que sólo la estulticia y el veneno del alma de aquél que la elevó á moción pudo crearla; yá una República libre y soberana, la convirtieron en ese Sínodo en caverna, do se arrebrujan pasiones deslayadas y mezquinas!

Rota la Ley Fundamental era imposible esperarse nada honrado; y de sus jirones nació espúrea la Presidencia de la República á favor de otro ingrato, ávido de poder y nombre al que se le conoció con el patronímico de Emilio Estrada.

De rodillas, agradecido y engañado por esos mismos hombres tuvo acceso al Capitolio sin preveer, quizás, que aquellos mismos amargarían su vida muy brevemente.

Cuatro meses no completos fueron suficientes para que principiara á conocer la red tendídale; pero era para él ya tarde! Días después, inconsciente sucumbió por la enfermedad que había venido destruyendo su organismo, sin comprender ni poder apreciar siquiera, someramente, que su falta de equilibrio político-administrativo, su idiosincracia con el manejo de la cosa pública y la versatilidad en sus determinaciones nos hubieran de conducir cual hoy, de abismo en abismo.

Junto con él murió toda esperanza para el afianzamiento eficaz del partido liberal, y la mano del crimen tomando nueva vez las riendas del Estado cernióse con la desgracia sobre nuestras cabezas.

¡Qué triste realidad!

Como violencias engendran violencias, la fatalidad quiso que la desconfianza administrativa, la imposición de un candidato de acomodo, las persecuciones arbitrarias, las prisiones y confinios sin origen ni fundamento legal posible, el rencor más encarnizado en contra de una facción liberal-radical, ajena en un todo á sus nefastos propósitos, rotas todas las leyes, conculcadas las garantías, viciados los derechos ciudadanos, todo aquello fueron causas más que justificables para lanzar al país á una revolución. Y ella fué, más no contra partidos determinados, ni por odios sectarios, nó; fué contra el Gobierno que había surgido otra vez con los traidores del 11 de Agosto, contra ese elemento heterogéneo corrompido y corruptor que

entenebreció el horizonte de la patria en día terrible, en horas de sangre y miseria, teniendo por heraldos á hombres sin conciencia, rubor y dignidad: chacales, cobardes, crueles, sin ninguna ejecutoria personal ni política si no fueran la del engaño, el vicio, la calumnia; hombres crápulas, arlequines, políticos, que tanto le pueden servir á Dios como al diablo, que su pasión es el dinero y su amistad, perfidia.

Contra ellos fué la revolución, es decir: contra Carlos Freile Zaldumbide, Octavio Díaz, Carlos Rodolfo Tobar, Carlos Rendón Pérez, Federico Intriago, Juan Francisco Navarro y más palaciegos de esa camada. ¡Y haya quien los defienda!

Diréis que ese Gobierno fué constitucional? No, nunca!

El 11 de Agosto firmábase una acta de pronunciamiento en Quito desconociendo el Gobierno Constitucional presidido por el General don Eloy Alfaro, proclamándose de facto Jefe Supremo á don Emilio Estrada, como á su vez Jefe Civil y Militar á don Pedro Valdez Macliff: acta que por consejo á tiempo del doctor Juan Benigno Vela fué rota ó recogida para recuerdos de alguno. El hijo de Estrada enviaba telegramas á las autoridades principales de provincias anunciándoles la buena nueva para que apoyaran el movimiento hecho en la Capital á favor de su padre: más, la decisión del doctor Vela cambió las cosas logrando atraer no sin esfuerzo, al doctor Freile Zaldumbide para que se hiciese cargo del Poder Ejecutivo, como Presidente que era de la Cámara del Senado, á quien por la ley correspondía el puesto, y así darle visos de legalidad á la inicua traición que desde muy temprano, por la mañana, se conocían quienes la hacían y apoyaban: mientras tanto, ni al día siguiente, el General Alfaro había dimitido el puesto, y si lo hizo fué amenazado de muerte si se resistiera; por tanto, aún era Presidente de la República de conformidad con la Constitución.

Entonces, ¿si no habiendo dimitido el puesto el Presidente Constitucional General Alfaro, cómo pudo el doctor Freile Zaldumbide hacerse cargo del Poder Ejecutivo y formar nuevo Gabinete?

¿Es ésta ó no traición?

Si el expresado Freile Zaldumbide no estuvo comprometido, ¿por qué aceptó hechos contrarios á la sana moral, á la honradez personal y política que se debía, y en lugar de hacerse cómplice, ya que no autor, no se retiró á su casa?

Ya oímos que nos dice que aquello lo obligó apremiado por las circunstancias y que al no hacerlo, el General Alfaro pensaba en la Dictadura.

Especie burda que peca por monstruosa!

¿Cuándo, á qué hora, qué día era el fijado para suceder aquello? ¿Cuáles las pruebas, por qué no se esperó su realización? ¿Qué documentos existen para su veracidad; acaso lo pudo comprobar por más que hizo ese Sanhedrin ó Congreso después?

Todo lo contrario; antes, sí mucho antes, ya el doctor Octavio Díaz se comprendía con el doctor Freile, y si don Emilio Estrada no hubiese muerto ya lo habrían derribado y estaríamos quizás en poder de los conservadores.

Salvada esta digresión que nos parece conveniente para el curso de los acontecimientos, tomando otra vez el hilo de nuestro objetivo, diremos: que días más tarde, por medio de ardides tinterillescicos, maquiavélicos, en maridaje con la facción conservadora oculta, atisbativa, se facilitó allegar otra facción personal partidarista del General Leonidas Plaza Gutiérrez, quien conocedor ya de los acontecimientos, se acercaba de regreso del Exterior al seno de la Patria. Mas aquello era un juego peligroso, como se verá en el desarrollo que vamos procurando dar á los sucesos.

El General Plaza Gutiérrez, persona astuta, sagaz, á quien por deseos de mando es imposible ceder el puesto á otro, aunque se nos diga lo contrario, desde su arribo á Panamá se anunció, pues preveía el recibimiento espontáneo de unos de ~~curiosidad de otros~~ ~~que lo tenian en alta~~

simpatías; además, ya en cartera venía escrito y bien pensado el programa que debería desarrollar, siendo, por supuesto, su primer número, hacer demostraciones públicas de su desinterés su respeto á la Constitu-

visitas, saludos con el señor Presidente de la República, con los señores **Ministros de Estado**, algunos Senadores y Diputados, jóvenes intelectuales y más gente menuda, concurrió á ocupar su curul como Diputado Suplente que era por la Provincia de Esmeraldas y por excusa del principal.

A una de las sesiones sólo pudo asistir el General Plaza Gutiérrez, pues llamado á formar parte del Gabinete de Gobierno por el señor Jefe del Estado, aceptó el portafolio de Hacienda y Crédito Público que se encontraba vacante.

Semanas siguieron, y comprendiendo el error cometido con la aceptación del cargo, hizo renuncia irrevocable de seguir ejerciéndolo, no sin que, primeramente, hubiese preparado el terreno para hacerse reconocer créditos por sueldos atrasados como General de la República, más el pago de viático y emolumentos que dice corresponderles, en su carácter de Ministro Plenipotenciario ó Residente en los Estados Unidos de América ú otros países, cuando la dominación del señor don Lizardo García (sic?), cuyas liquidaciones han sido practicadas por el Tribunal de Cuentas de Guayaquil.

Expedita así su acción, comenzó á desarrollar su programa mucho mejor combinado en el Ministerio de su cargo con sus copartidarios en las provincias, como así mismo, con varios personajes llenos de poder é influencias para con el Gobierno, no sin acentuar primeramente, en el ánimo del señor Estrada, odios é intrigas manifiestas para con los elementos liberales alfaristas y con el objeto más tarde de quedarse sólo con los suyos que le hiciesen invencible. Así, pues, sus amigos, sobre seguro, y con su conocimiento, lanzaron su candidatura á raíz de la muerte del señor Estrada como el único capaz para salvar las instituciones en peligro.

Estallada la revolución en Guayaquil, los pueblos de la costa proclamaron al General Pedro J. Montero, Jefe Supremo de la República, á excepción de la Provincia de Esmeraldas que con fecha 22 de Diciembre pasado se había adelantado á proclamar al prestigioso ciudadano militar General Flavio E. Alfaro, compadre espiritual del de igual grado Plaza Gutiérrez.

Hecho fué éste que proporcionó al Gobierno el llamarlo al servicio de las armas y encargarle la Dirección General de la Guerra, unido con el de igual grado don Julio Andrade nombrado Jefe de Estado Mayor.

Con cuerpos de línea, reservas y una porción de juventud en su mayoría conservadora, salieron de la Capital los predichos Jefes y pocos días después con vista del enemigo, trabáronse combates sangrientos en distintos lugares de la vía férrea, desde Huigra hasta Yaguachi; combates que dirigidos, únicamente, por el bizarro y denodado Jefe General Andra-

de, brazo y alma en dichas contiendas, pusieron fin con sus triunfos á la revolución. Cerca de dos mil bajas se contaron entre los ejércitos beligerantes, y hubieran habido más, que preferible hubiese sido al haberse previsto la falta de honradez del Director de la Guerra, no cumpliendo los pactos firmados entre partes, garantizados por Cónsules extranjeros para dar facilidades á la ocupación de Guayaquil, plaza de difícil condición para ser rendida; mas no se procedió al ocupar la susodicha plaza con la generosidad é hidalguía á que estaba obligado, y antes, hubo perfidia negándose á fines humanitarios.

A las cuatro de la tarde del 22 de Enero entró el ejército victorioso, sin enemigos á quien combatir, y horas después desconocidos los tratados que dejamos dicho, fueron tomados y puestos prisioneros los Generales Eloy Alfaro, Pedro J. Montero y Ulpiano Páez; así como en el subsiguiente, los de igual grado Flavio y Medardo Alfaro, Manuel Serrano y Coronel Luciano Coral, ajeno éste á los sucesos políticos de la revolución, pero sí periodista radical conceptuado por el Gobierno de Quito su enemigo.

El 24 del mismo mes arribó de Quito el Ministro de la Guerra General Juan Francisco Navarro, muy recordado por su idiosincraciá en el hablar y su iracundia envenenada, morbosa, contra los Alfaros.

¿A qué venía, qué objeto trafa el susodicho señor Ministro de la Guerra?

Como se temiera por el Gobierno de Quito que los prisioneros fuesen puestos en libertad, respetando los tratados firmados, mandaron al General Navarro para que inmediatamente á su llegada á Guayaquil ordenara el enjuiciamiento militar contra los altos jefes del ejército rebelde, como así lo manifiesta por el siguiente telegrama que dirigió al señor Presidente y Ministros de Estado, y es como sigue:

TELEGRAMAS DE GUAYAQUIL A QUITO.

“Guayaquil, á 25 de Enero de 1912.—Hora de depósito 1 p. m.

Señores Presidente y Ministros de Estado.

De conformidad con lo resuelto por el Supremo Gobierno y ateniéndome á las instrucciones que traje, he ordenado al señor General en Jefe del Ejército que proceda á decretar el juicio militar contra los altos jefes del ejército rebelde. En esta virtud, el señor General Plaza ha decretado la formación de un Consejo de Guerra para que, de acuerdo con el Código Militar, proceda á juzgar á los culpables. El Consejo está ya reunido, bajo

la Presidencia del Coronel Alejandro Sierra, sirviendo de vocales los Coroneles Manuel Andrade, Manuel Velasco Polanco, Enrique Valdez, Juan José Gallardo, Rafael Palacios y Teniente Coronel Secundino R. Velásquez. Actúa como Fiscal el Teniente Coronel José Rodolfo Salas. Es probable que el Consejo termine á media noche y la sentencia que dicte será cumplida. El juicio ha empezado por el General Montero, por ser éste el mayor responsable de los rebeldes; visto el cargo de honor y de confianza que ejercía cuando se alzó en armas contra la Constitución.

Saludo á ustedes.

Ministro de Guerra,

J. F. Navarro".

La sentencia fué más que cumplida, pues momentos antes el mismo Ministro manifestaba con risa que Montero no vería la nueva aurora. Y fué así, pues á las nueve y media p. m. del mismo día dirigía este otro telegrama:

TELEGRAMA DE GUAYAQUIL A QUITO.

"Guayaquil, á 25 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 9 y media p. m.

Señores Presidente y Ministros de Estado.

A las 8 y media p. m. terminó el Consejo de Guerra sus deliberaciones sentenciando al General Montero á la pena de diez y seis años de presidio y degradación pública. El pueblo se sublevó contra esta sentencia, que defraudaba sus esperanzas de que fuera la pena de muerte. Tres ó cuatro mil hombres armados protestaban contra esta resolución del Consejo y pedían la cabeza del traidor. Hemos agotado nuestros esfuerzos por contener pueblo. No fué posible. Nos atropellaron. Atropellaron Consejo, cordón de fuerzas, invadieron Gobernación, donde funcionaba Consejo y ultimaron desgraciado Jefe rebelde, ensañándose en sus despojos, que arrastran en estos instantes por las calles. A esta exaltación frenética del pueblo ha contribuído grandemente la explosión que ocurrió en el Cuartel de Artillería y que el pueblo la ha atribuído á los rebeldes. Hemos expuesto inútilmente nuestra vida por salvar presos y el señor General Plaza, sin moverse del lado de los presos, ha agotado heroicos esfuerzos por salvarles la vida. La cólera popular es incontenible y terrible, de manera que en estos mismos momentos, apenado el espíritu por los caracteres odiosos de la tragedia á que acabo de asistir, me preocupo de ver cómo salvo la vida de los otros presos. Luego comunicaré.

Saludo á ustedes.

Ministro de Guerra,

J. F. Navarro."

Falso, falsísimo! Mil quinientos hombres de tropa, armados unos, disfrazados otros y muchos curiosos, pero no estos últimos hijos del lugar, pedían la cabeza de Montero, si traidor no tanto como Navarro. La tropa que hacía la guardia les prestaba las armas y con señas ó empujándolos les facilitaba la puerta franca para que subieran á los altos de los salones de la Gobernación; esos mismos con una porción de reservas de Quito, turba disfrazada con consentimiento de sus superiores, fueron los que victimaron á Montero enzañándose con sus despojos, que mutilaron y arrastraron al toque de dianas, descargas de fusilería, cual si fuera en combate, cubriendo de baldón á la República.

¡El pobre Montero no volvió á ver al día siguiente la aurora!

En cuanto á los otros presos precisaba hacerlos sufrir más: para ellos la hora llegada no demoraría, pues era necesario llevarlos á Quito para festejar allá su victimación con danzas y fiestas macabras.

Veamos el siguiente telegrama:

“Guayaquil, á 25 de Enero de 1912.- Hora de depósito, 11,45 p. m.

Señores Presidente y Ministros de Estado.

El fin trágico del General Montero y el peligro inminente que corren los otros Generales presos, me han colocado en el caso de suspender su enjuiciamiento y sacarlos inmediatamente de esta ciudad, aprovechando la circunstancia de que el pueblo enfurecido ha abandonado la Gobernación y anda por las calles con los despojos del desgraciado General Montero. Si no aprovecho estos momentos, tengo la firme persuasión de que los demás Generales correrán la misma suerte de aquél, á menos que nos resolviéramos á fusilar al pueblo, cosa que creo no está en el ánimo del Gobierno y que seguramente no lo está en el mío. He ordenado, pues, que el pundonoroso y enérgico Coronel Sierra, llevando á sus órdenes el Batallón “Marañón”, conduzca esta misma noche los presos á Quito, ateniéndose á las siguientes instrucciones:

- 1o. Que adquiera víveres para que vayan en el tren y no haya necesidad de que la tropa tenga que adquirirlos en los pueblos del tránsito;
- 2o. Que no se detenga el tren en ciudad ó pueblo alguno del camino;
- 3o. Que proteja á los presos á todo trance y bajo su propia y personal responsabilidad los entregue en el Panóptico de Quito.

Abrijo la convicción de que esto es lo mejor que se puede hacer en las actuales circunstancias, pues no dudo de que aún en el caso de que pu-

diéramos ejercitar una defensa á mano armada con las tropas, nada ó poco avanzaríamos, dado el material ligero de los edificios, que son traspasados en todo sentido por los proyectiles, exponiéndonos, además, á que se produzcan incendios que serían fatales á la ciudad y á los presos.

Confo, pues, en que la medida que me he visto forzado á adoptar, será bien apreciada por ustedes.

Atentos saludos.

Ministro de Guerra.

J. F. Navarro."

Si trágico fin fué el de Montero, cobardes, crueles, tenfan que ser los de los otros prisioneros indefensos.

El enjuiciamiento que debía seguir con el General Alfaro y más presos, el Ministro de Guerra comprendió no podría llevarlo á efecto porque preveía que la libérrima Guayaquil jamás hubiera consentido otros horribles crímenes, que sólo pudo efectuarse el espantoso con Montero porque este pueblo viril, ajeno á estas torpezas, nunca calculó que una turba disfrazada, dirigida por sayones venidos expofeso de la sierra, cometieran tanta infamia, tanta cobardía, tanta criminalidad.

¡Justicia popular! ¡El pueblo! Talismán con que procuran cubrirse vanidosos personajes, llenos de responsabilidades!

Más, el pueblo de Guayaquil apreció el hecho, conoció sus autores, y los victimarios erraron el golpe de mazo inculpando ser el pueblo, en algarradas de justicia popular.

Ningún pueblo, y mucho menos aquél que se dignifica con el trabajo, en nuestras costas, que es honrado, laborioso, moral, se ha prestado ni prestará para zambras infucas ó tragedias macabras de sangre.

El pueblo de Guayaquil no odiaba á los Alfaros ni á Montero; por resentimientos políticos sectarios, no habrían hecho ni harían lo que una soldadesca disfrazada é hipócrita hizo.

¿Cuál, rico, pobre, artesano ó siquiera de humilde condición, cuando la victimación y ultraje al cadáver de Montero, estuvo entre tanto forajido?

Sin embargo, el señor Ministro de Guerra con pasmosa falsedad dice, que "el pueblo agrupado en la barra protestó de la sentencia por no haber

sido condenado á muerte, que con peligro de los jefes que formaron dicho Consejo, ultimaron al traidor Montero y la fuerza armada que custodiaba el edificio de la Gobernación no pudo contener ese horrible hecho."

¿Cómo no pudo contenerlo? Acaso hubo necesidad, dado el antecedente de que con su venida, ya meditada, traía la sentencia que nos conduciría á la disolución, al escarnio, á la muerte?

Vuestro juego, señor Ministro, el de vuestro Gobierno, el de vuestros militares, sin omitir gerarquías, no es desconocido para la mayoría de la gente pensante; sin duda habréis creído, que desapareciendo del escenario de la vida, **estirpando de una vez y para siempre**, al Jefe del Liberalismo y sus Tenientes, quedaríais dueños absolutos en poderío y grandeza de esta infeliz Nación ecuatoriana.

Por otro lado, el General Plaza Gutiérrez en constante comunicación con el interior, recibía telegramas como el siguiente que copiaremos unido á su contestación. Dicen así:

"General Plaza.

Guayaquil.

Amigos y compatriotas creemos absolutamente imposible la libertad de Eloy Alfaro ni sus cómplices por ninguna causa, so pena de la ruina de la patria.

La opinión es completamente unánime de que presos sean juzgados, sentenciados con estricta sujeción á las leyes. Proyecto de libertad ha causado gran excitación que puede tener funestísimas consecuencias.

Lino Cárdenas, Manuel R. Balarezo, César Enríquez, Manuel Eduardo Escudero, Virgilio Cajas, Luis Calixto M., C. Valencia P., Max Valencia L., Leoncio G. Patiño, Leonidas García, José M. Suárez, Alberto Larrea, M. A. Salgado, R. del Hierro, Alejandro Mosquera, Narváez A., Carrera Andrade, Gabriel Gómez de la Torre."

"Guayaquil, 23 de Enero.

Señor Lino Cárdenas y demás firmantes:

No comprendo la indignación de los ciudadanos de esa Capital, por el hecho de haber expresado honradamente mi opinión respecto al cumpli-

miento de una capitulación que se imponía entonces para terminar esta guerra rápidamente, evitando así que nuestro bravo ejército fuese diezmado por la fiebre amarilla que grassa en estas comarcas. Como no nací para verdugo, mañana mismo declinaré el mando del ejército para que venga á remplazarme quien se atreva á llevar á estos desgraciados Generales á esa Capital, con el propósito de que corran la misma suerte del infortunado Quirola. Llevando á los prisioneros á Quito se va á infringir la Constitución que ordena no distraer á los delinquentes de sus Jueces naturales.

Soy de ustedes, respetuoso compatriota,

L. Plaza G."

Cómo! Si el General Plaza conocía ó presentía que esos desgraciados Generales llevados prisioneros á Quito, podían correr la misma suerte del infortunado Quirola, (1) ¿por qué en lugar de sostener el imperio de la Ley que preceptúa que todo delito, crimen ó infracción que fuese, debe ser juzgada por sus jueces naturales, no impidió aquello con la energía y ejecutorias como General en Jefe del Ejército?

En el citado telegrama el General Plaza se expresa no haber nacido para verdugo y que declinaría el mando del Ejército; entonces, ¿por qué dejó impaciente el que llevaran á los prisioneros y no renunció el mando como lo había dicho?

Todo fué broma para él. Broma la capitulación, broma los tratados con los Cónsules y broma el cumplimiento de ellos; pues si verdaderamente fuera un hombre que no había nacido para verdugo, honrado á carta cabal, debió cumplir á toda costa, ineludiblemente, aún con la oposición de todos, lo que había firmado; pues con ello habría dado pruebas de una moral excelsa, una liberalidad bien sentada y puesta en práctica en consonancia con las doctrinas que dice sustenta.

Embarcados los presos el 26 en la madrugada, y libre ya de ellos, Plaza se ocupó en arreglos de viaje para seguir el mismo día abordo del crucero "Cotopaxi", dizque con el objeto de concluir con la pacificación de las provincias de Manabí y Esmeraldas, y con tal objeto embarcó tropa, mas su Estado Mayor, cuando no había necesidad de aquello, dado el antecedente de haberse ya sometido esas provincias y los comprometidos en la revolución estaban defeccionándose.

(1) Asesinado y mutilado el 11 de Agosto por una horda de salvajes.

Mas aquello no fué su objetivo: temió la responsabilidad que la sentía venir en su contra por los hechos luctuosos que ya conocía deberian acontecer en la llegada á Quito de los prisioneros, que cobarde y despiadadamente enviaba él á Navarro; y procuró que esa responsabilidad recayera única y exclusivamente en el Gobierno, que si bien no se encontraba ajeno de tan terrible programa ya combinado, asustado con lo hecho en Guayaquil, pretendió también descartarse ordenando la suspensión del viaje por temor de peligros gravísimos á la llegada de los presos á Quito: como así lo expresa el Encargado del Poder Ejecutivo en los siguientes telegramas:

“Quito, á 26 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 2 p. m.

Señores General Ministro de Guerra y General en Jefe del Ejército:

Viene siendo imposible la medida de enviar á los prisioneros á esta Capital, porque no se podría ponerles á cubierto de la ira popular, ni á su paso por las poblaciones del tránsito, ni á su llegada aquí.

Además, debiendo verificarse el juzgamiento de ellos en Guayaquil sería necesario correr, en su regreso, el mismo peligro que en su venida; complicándose entonces la situación porque el pueblo presumiría que se trata de eludir el juzgamiento y de poner á los prisioneros á salvo de la sanción legal.

Lo que necesitábamos era que no se pusiese en libertad á los que trastornaron tan hondamente la Nación; y fué porque se pensaba en ello que se dispuso se los enviase acá; más las circunstancias han cambiado y veo que lo más conducente al juzgamiento y la seguridad de ellos sería mantenerlos presos en el “Libertador Bolívar”, tomando las medidas del caso para evitar su fuga, y en espera de que las agitaciones populares se calmen y se pueda entonces proceder al juicio, conforme á las leyes.

Repito que su venida no puede verificarse, porque los riesgos son iminentes, y el Gobierno está en el deber de preverlos y evitarlos.

Por tanto, sírvanse ustedes ordenar que regrese el convoy de los prisioneros, convoy que he mandado detener en Huigra.

El Encargado del Poder Ejecutivo,

Carlos Freile Z.”

“Quito, Enero 26 de 1912.—Hora de depósito, 2 p. m.

Señor Coronel Sierra.

Se me ha avisado que usted viene á ésta, trayendo Generales presos. Considero sumamente peligroso el viaje á Quito de esos prisioneros; y mientras el señor Ministro de Guerra imparte las órdenes del caso para que usted regrese á Guayaquil, sírvase usted detenerse en Huigra, hasta segunda orden.

Saludo.

El Encargado del Poder Ejecutivo,

Carlos Freife Z.”

“Huigra, 26 de 1912.—Hora de depósito, 6 p. m.

Quito.

Señor Encargado del Mando.

En este instante llego aquí con presos enviados de Guayaquil para ser trasladados á Quito, por orden del señor Ministro de Guerra. Salí de Guayaquil á las dos de la madrugada, escapando de la furia popular que despedazó General Montero. Voy con toda clase precauciones protección presos. Continuaré avance después de pocos momentos. Llevo Generales Eloy, Flavio y Medardo Alfaro, Manuel Serrano y Ulpiano Páez y Coronel Luciano Coral, bajo custodia batallón “Marañón”.

Atento servidor,

Coronel Sierra.”

“Quito, á 26 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 6 y media p. m.

Señor Coronel Sierra:

Salúdole y aviso de su telegrama en que me comunica su llegada á Huigra.

Antes de recibirlo, dirigi á usted uno en que dispongo que se detenga en ese lugar, para que contramarche á Guayaquil, en cuanto reciba orden del señor Ministro de Guerra.

ques populares; de manera que regresando ellos podriase mantenerles, mientras sea oportuno juzgarlos, á bordo del "Libertador Bolívar" ó en donde más conveniente sea.

así para evitar la fuga de los prisioneros, pues si tal sucediese tendríamos antes de dos meses nuevas revueltas y matanzas, como para asegurar también la vida de ellos mismos, cosa que se la recomiendo muy especialmente.

un antecedente que explotarían los pueblos por donde vinieran en tránsito los prisioneros hacia esta Capital; de suerte que ellos no llegarían aquí sino mediante los más severos cuidados y la más estricta diligencia de los encargados de su conducción, cosa que se debería prever con suma prudencia. La ansiedad que promueven estos hechos debe conducirnos á evitar su repetición; y ojalá que el buen sentido de los elementos prestigiosos y sensatos de esa ciudad devuelva la calma al ánimo del pueblo guayaquileño, en punto de ser quizá preferible resguardar allá, más bien que aquí, á los prisioneros; de suerte que, con el criterio que aconsejen las circunstancias, sírvanse proceder en forma que no tengamos nuevos atropellos que lamentar.

El Encargado del Poder Ejecutivo,

"Quito, á 26 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 7 p. m.

Señor Coronel Sierra:

Una vez más digo á usted que no deben venir los prisioneros á esta Capital, porque su mismo juzgamiento debe hacerse en Guayaquil.

Los peligros son gravísimos, y hay que poner á los prisioneros á cubierto de ellos; de suerte que estacionese usted en Alausí, ya que no lo hizo en Huigra, porque van sobre usted responsabilidades inmensas, caso de perecer los presos.

Bien puede ser que su Cuerpo no necesite regresar ni volver atrás un paso, porque á ello proveería el señor Ministro de Guerra; pero si debo aguardar un espacio de tiempo suficiente para que se tomen todas las providencias del caso.

Encargado del Poder Ejecutivo,

Carlos Freile Z."

El Ministro de Hacienda, encargado del Despacho de Guerra,

Intriago."

El envío de los presos fué obra de Plaza y Navarro; éste último, instrumento ciego del primero, así como Sierra comisionado para conducirlos al Panóptico, resguardados por el Batallón "Marañón", también otro de los hipócritas sedientos de sed de sangre, quien ansiaba llegar breve á la Capital para entregarlos como un presente, primeramente á su esposa quien,

como los humanitarios Lino Cárdenas, Luis Felipe Borja Pérez y otros, con instancias extremas solicitaban los codiciados presos.

El valeroso don Leonidas, perfectamente sabía lo que les esperaba á esos infortunados; sin embargo, era preciso mandarlos, ya que no habiendo cumplido cual se debe á todo hombre de honor con los tratados de Capitulación firmados, menos debería cumplir ni ser humano para con su protector y demás prisioneros, pues sabía muy bien que no le podía ser favorable la existencia de esos seres para el completo desarrollo de sus fines preconcebidos; y tanto, que ya juzgaba correrían la suerte del infortunado Quirola.

Cónocía también, que el Gobierno á quien servía, era de indiscutible ilegitimidad, como así lo había manifestado cuando asistió como representante á la Cámara de Diputados, añadiendo que estando rota la Constitución él procuraría levantarla á su primitivo vigor: además sabía que, desde el 11 de Agosto, la República era una farsa infuca; que Freile Zaldumbide y sus compinches, habían entrado á sacó á gobernar á un hato de imbeciles, á quienes, á orillas afuera, se les denomina cafres-ecuatorianos; que el Congreso con el hecho de dar su aprobación y aún aplaudir los actos salvajes de los días 11, 12 y 13 de Agosto, no era tal, y todas sus resoluciones ilegales; que habiendo nacido del seno de ese Congreso, el Gobierno espúreo de don Emilio Estrada, igualmente adolecía de los mismos defectos de constitucionalidad; y por último, haciendo irrisión, él mismo, de estos desacatos y procedimientos inusitados, entró á formar parte en esa camada. ¿Por qué en lugar de prohiar tan nefandos crímenes no se levantó airado, llena su alma de altivez como energía republicana, cual le tocaba, si se cree hombre honrado y sin compromisos, á apostrofarles sus hechos?

Pero nó, jamás pensó en aquello: su vanidad, su ambición, su falta de honradez, su carácter voluble lo tenía sugestionado y se lo impedían.

Como General en Jefe del Ejército, pudo no cumplir las órdenes que le impartiera el Gobierno y sostener su firma de caballero, estampada en los tratados sobre Capitulación, y garantizado su cumplimiento por dos Cónsules extranjeros, cueste lo que costare, antes que entregar los presos que hizo tomar arbitrariamente, comisionado para ello á un Clotario Paz, á su cuñado Juan Manuel Laso, César Borja Cordero y otros, que como el último nombrado, eran deudores de finezas, consideraciones, dinero, gerarquías y posición dadas por el General Alfaro, y que ante el venerable anciano, meses atrás doblaban la espina dorsal humildemente y proseguían solicitándole nuevos favores.

¿Cómo podría cumplir nada el popularísimo General Plaza cuando el mismo 25 de Enero transmita á Quito á su congénere Gonzalo S. Córdova el

telegrama que reproducimos y que reboza su odio mortal, asegurando que irían á Quito los prisioneros á quienes tanto temieron y algunos otros amaron?

A Plaza.....plaza.

“Señor doctor Gonzalo S. Córdova:

Los conservadores, y con ellos algunos liberales frívolos, dizque están explotando la capitulación de Guayaquil, para llevar el agua á su molino. No los dejen en esa labor maquiavélica. Hágales saber que los prisioneros á quienes ellos tanto temieron y algunos de ellos los amaron, están bien seguros y que irán á Quito tal y como lo ha ordenado el Gobierno. La justicia cumplirá con su deber, como hemos cumplido nosotros con el nuestro.

L. Plaza G.”

¿Y éste era el que conociendo los horribles asesinatos perpetrados en las personas indefensas de Quirola, Torres y Montero, en lugar de evitar con entereza la prosecución de aquéllos, solamente suplicaba al Arzobispo de Quito apelando á sus sentimientos humanitarios y cristianos, empleara su influencia en favor de los prisioneros?

¡A Plaza, que hipócrita y, cuanto criminal te miran!

¡Y que hayan empeñados en creer á este monstruo como necesario y el único capaz para ocupar el solio presidencial

Qué escarnio, qué humillación, qué desfachatez, qué vergüenza!

Leamos ahora, igualmente, el telegrama que con fecha 22 de Enero, Freile Zaldumbide le dirigiera al General Plaza:

“Quito, á 22 de Enero de 1912.

Señor Leonidas Plaza G.

Si el Gobierno se ha empeñado en la ocupación militar de Guayaquil, ha sido porque la Nación clama por la sanción contra los traidores, bien entendido que los cabecillas siempre cuentan con los medios para eludir la acción de la justicia: pero esto no quita que nosotros, por moralidad política y por los intereses de la República, procuremos extirpar de una vez para siempre el elemento sedicioso, empleando los medios indicados por la Ley, ya que esta sería obra de verdadero patriotismo. No podemos desear más sangre ni nunca lo hemos deseado, ni se ha derramado por nuestra

culpa; y si empeño hemos puesto en el castigo de los traidores y criminales, ha sido precisamente para ahorrar en un futuro inmediato, nuevas horriboras hecatombes. Su amigo,

Carlos Freile Z."

¿Por moralidad política y por los intereses de la República, procuráis extirpar de una vez para siempre el elemento sedicioso, cumpliendo los medios indicados por la Ley?

Y los cumplisteis?

Imposible hacerlo, dado el antecedente que aquello no era número del programa, y por consiguiente, ajeno era de vuestro verdadero patriotismo.

¡Justicia! ¡Invocáis la acción de la justicia!

Esta sólo la ejerce el hombre social, el hombre de bien; más la venganza, es la justicia del hombre salvaje, la que ha sido práctica y aplaudida únicamente por traidores y miserables.

Hoy que se desarrollan acontecimientos que parecen ser sueños, hechos dantescos, analizándolos sólo, pueden concebirlos cerebros febricitantes.

La ferocidad de los hombres nunca es disculpable en una sociedad cristiana, salvo que ésta quiera retroceder á los tiempos primitivos; pues siendo cristiana, es humanitaria y funda sus bases en una excelsa moralidad, en sus limpias costumbres y el mayor respeto ante todos los asociados.

Si la falta de esa moralidad, si el poco respeto que nos debemos, son los que producen escándalos que nos conviertan de hombres racionales en bestia humana, la razón se ofusca y se resiste la inteligencia á meditarlos; y como una pesadilla tenebrosa, nos sugiere patentizar hechos que sean el mentís á toda idea sana; hechos que relataremos, por lo conformes en un todo, como nos los han hecho conocer personas de viso, testigos presenciales, muy ajenas á la política del país si acaso puede llamarse política, libre de toda pasión, de todo prejuicio.

FIESTAS MACABRAS.—CANIBALISMO.

Era el día 28 de Enero, domingo, á las doce del día, cuando los moradores de la ciudad de los Shiris presurosos corrían devotos y reverentes á

presentiar el sacrificio del Mártir del Cristianismo en uno de los templos de esa Urbe que se denomina Católica-religiosa. De boca en boca se rumoraba por calles, casas y plazas, el arribo para esa hora de los desgraciados prisioneros políticos, aquéllos militares gloriosos á cuyas plantas, ayer no más, quemaban incienso la mayoría de los ecuatorianos, y que hoy la fatalidad, la tiranía, la traición, la calumnia y la perfidia exhibían como hojas tronchadas, arrebataadas con furor á impulso de las borrascas que producen las evoluciones políticas.

Eloy Alfaro: el luchador infatigable de un Ideal, aquél que á pesar de sus errores fué grande, el Padre del Liberalismo Ecuatoriano. "El verbo de Montalvo hecho carne" en unión de los Generales Flavio y Medardo Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y Coronel Coral eran las víctimas que se habían elegido para el festín; y, ¡oh sarcasmo! la Capital de la República, éste pueblo grande que modestamente se proclama "Luz de América" era el llamado á exhibir á la luz meridiana su corrupción y su barbarie.

Un grupo escogido aguijoneado por sus dirigentes, la masa soberana é inconsciente querían sangre para saciar su sed. ¡Vaya si la tendrían!

El Gobierno haciendo gala de estulticia y cobardía lo ofreció solemnemente, era necesario cumplir el juramento hecho á la gente alegre de la Capital; por eso consintió el crimen: sereno impasible y tal vez hasta festivo.

Las grandes nulidades tenían que buscar la desaparición de los que impedían el ascenso á las alturas.

Era la época de las venganzas. ¿Qué importaba que las víctimas fueran inocentes.? La sentencia estaba dictada y se cumpliría sin remedio.

El verdugo había llegado feliz á Guayaquil: dos horas después por sus calles rodaba la cabeza del infortunado Montero; Quito no podía quedarse atrás, y si á orillas del mar se asesinó á un hombre, la primacía ordenaba el asesinato de seis en un solo día, sin contarse el efectuado el 21 del mismo mes en la persona del Coronel Belisario Torres, á quien botado en el suelo, sin un tendido, sin una jerga, adonde pudiera recostar su cuerpo herido de un balazo á mansalva é indefenso prisionero, se le obligaba á que firmara, en su agonía, una declaración, padrón de ignominia, que rehusó con altivez suprema por ser calumniante, infame é indecorosa, propia del Gobierno que la envió, haciendo gala de su ferocidad é iniqua. Murió sin un vaso de agua, ni una mano caritativa que procurara proporcionarle una mejor condición, y por último, ya cadáver, fué llevado en altas horas de la noche á un hospital para hacer creer que solícitos cuidados se le habían brindado.

Sigamos nuestra relación: ríos de gente arrojan las calles de la Capital que conducen á la Penitenciaría; dejad franco el paso: es el pueblo soberano: (?) mujeres que lucen sus trajes domingueros, niños que anhelan contemplar las manos teñidas en sangre, ancianos que apenas pueden mover sus debilitados miembros, soldados que de brazo con sus caras mitades se tambalean ébrios de coraje, sino de aguardiente, jóvenes que ostentan en su semblante las huellas que dejaron las guaridas en donde pasaron la campaña; ¡he allí la multitud abigarrada y anónima que, de acuerdo con instrucciones recibidas, busca con ansia las cabezas de los desgraciados!

Cada pueblo tiene una mañana especial de proclamar á la faz del mundo su cultura, progreso y civilización. La "Luz de América" eclipsará las glorias de los mundos habitados con sus fulgores.

Las doce, y los prisioneros avanzan en automóvil, cruzando por entre una lluvia de improperios, amenazas y piedras. Han llegado ya al sitio del sacrificio: el muy valeroso Alejandro Sierra ha cumplido la consigna: al pueblo le toca lo demás.

La guardia que custodia la Penitenciaría permanece indiferente en actitud pacífica, ¿qué esperar entonces...? Tal vez obedecía una orden superior; mañana la historia al juzgar imparcial y serena los hechos, aclarará mucho misterio.

Minutos después avanzan las fieras ostentando en sus semblantes el regocijo y provistos de todos los utensilios que les eran necesarios. Los bravos defensores de la Constitución, esos mismos soldados que se vendieron para pisotearla el 11 de Agosto presentan las armas y avanzan á la cabeza del pueblo, con dirección á las celdas, en donde las víctimas tal vez prevenen su trágico fin.

¡Cuánto valor, cuánto coraje demuestran al ultimar uno después de otro esos seres indefensos que buscaban refugio sin encontrarlo, que imploraban piedad á los que tantas veces habfan colmado de favores...! Eloy Alfaro, sereno y tranquilo se derrumba como el roble milenario, sin prorrumpir en una queja, el primero; le sigue Páez, único que guardaba una pistola en una bota; con ella se defiende como un león, más en vano, cae atravezado por una lluvia de balas, después; Medardo, Serrano, Coral y Flavio.

Las mujeres esperan en el primer piso, los hombres lanzan desde el segundo los cadáveres. El color de sangre había llenado de mayor bravura á los canibales; entonees viene el despojo de las prendas, la mutilación corrompida é indecorosa y después, el arrastre por las calles principales. Algunos aseguran como evidente el hecho de que el General Flavio E. Alfaro y Coronel Luciano Coral, fueron arrastrados un gran trecho, cuando aún sentían correr por sus venas la sangre que vertían con saña

fiera los verdugos.

Una inmensa muchedumbre se mueve en derredor de las masas casi informes ya; los disparos de fusil y pistola rompen la atmósfera y proclaman el gran triunfo, la temeraria hazaña. La bandera que la lleva un zapatero de apellido Montenegro, cobija con sus pliegues á todos los salvajes y esas manos que chorrean sangre levantan en alto esa insignia libertadora, hoy profanada, ya que flamea como emblema de los asesinos.

Todos se disputan la honra de tomar parte en la grandiosa tragedia si quiera sea indirectamente; unos pisotean como un Vidal Velasco, al pasar las masas sanguinolentas, gritando, "aquí tenemos á nuestros pies á este viejo infame Jefe del Liberalismo y de los masones, "viva la religión, abajo los monos," otros se ejercitan con sus pistolas y por último, los más valientes azotan, garrotean y con sus dagas despedazan los cadáveres.

¡Cuánta saña, cuánta ferocidad y cuánta profanación!

Familias hay que salen á los balcones y aplauden frenéticas el proceder, señoritas que arrojan flores á los asesinos, niños que viven con estrepitosos gritos al vencedor; y todos miran con placer las manos tintas en sangre se levantan orgullosas.

Los bravos soldados no podían quedarse atrás: corren á la cabeza del desfile haciendo disparos, gritando con agudas notas "viva la Constitución, mueran los Alfaros" cuando de ellos ya no existían sino pedazos.

Los discípulos de Cristo, de ese mártir sublime, permanecen impasibles, ó cuando más se limitan á decir, todo está muy bien pero, haya un poquito más de humanidad: perdón, olvido, caridad. ¡vana palabrería! Su presencia hubiera bastado en el momento oportuno y no después, para calmar el furor de las multitudes; el pueblo como el de Quito, fanático como ninguna, hubiera atendido con respeto las voces de los que se proclaman, Ministros de Aquél que dijo: "perdonad, á vuestros enemigos, amad al prójimo como os amáis vosotros." Si no se hizo acto de presencia para evitar el crimen, al menos ha debido evitarse la profanación vil y cobarde. Sigue el desfile, prosección macabra recorre las calles entusiasmada gritando viva la religión, mueran los masones!—(! !)

Más de treinta calles recorrió la horda salvaje, exhibiendo las desnudeces de los cadáveres; las mutilaciones indecorosas se hacían á presencia de toda la sociedad ni una voz de protesta; las turbas estaban resguardadas por las bayonetas de aquél que juró á las *demi mondaines* ébrias y repugnantes la entrega de las cabezas de los que cayeron bajo sus plantas.

Los bárbaros designaron el Ejido Norte de la ciudad para la consumación del festín: allí, formando un arco de circunferencia están cuatro pi-

ras, dos calles conducen á ese sitio; los valientes (?) elijen el lugar predilecto del General Eloy Alfaro en sus paseos: la carrera Colombia.

La prosección ha llegado á su destino: soldadesca, mujeres y niños que llevan en alto, suspendidos en lanzas, cuchillos y palos los pedazos de carne, las partes pubendas; jirones de ropas interiores ensangrentados y después las masas en arrastre conducidas por mujeres, ébrios y niños. El delirio *increscendo*, los aullidos se prolongan y salvas de aplausos denuncian la felicidad.

Viene la incineración lenta, y entonces empiezan las escenas grotescas, concebibles tan solo en los tiempos primitivos; el festín está listo; la materia encefálica sirvió, como en Guayaquil, para ser devorada por los antropófagos y los puñales tintos en sangre refrescaron las fauces de los bárbaros.

Las masas se colocaron sobre las hogueras en posiciones inmorales, todo se hizo en medio de aullidos que vivaban á "la Constitución" cuando en realidad y para estar en un todo de acuerdo debió gritarse "viva la prostitución."

Todavía faltan algunos que desean vengarse de los bienes que recibieron: llegan niños de ocho á doce años con estacas, deseosos de prodigar unas punsadas más á los cadáveres; jóvenes que se despojan de sus prendas para atizar las hogueras. Las risotadas frenéticas estallan sin cesár; las mujeres se encargan de verter paulatinamente el petróleo que necesitan las piras, y ante ese espectáculo se sucede el desfíle de todo un pueblo que tiene ansias de reir y gozar.

Después: gran reteta por las bandas ante la casa del Dr. Freile Zaldumbide con valeses, pasillos, música alegre; luego, las sombras que produce la noche, la tranquilidad, (?) la satisfacción del deber cumplido (?)

Avanzada ya la noche y cuando los buitres carniceros dormían en sus guardías unos, y otros festejaban con bailes el suceso, manos compasivas se apoderan de los restos que quedaban de los que fueron Eloy Alfaro, Ulpiano Pérez, burlando la feroz vigilancia de la Policía á costa de sus vidas; los demás fueran conducidos al anfiteatro, cuando las auroras del nuevo día se cernían sobre esa villa.—**dizque para reconocimiento oficial;**—y los asesinos viven tranquilos en sus cuarteles.

La prensa abyecta, mangoneadora y en manos de hombres sin ilustración y sin antecedentes, al relatar los hechos omite todo detalle comprometer y se consuela con traer á la memoria hechos de otros países, muy diferentes, por cierto, bajo todo aspecto: ya que en ningun país se ha asesinado vil y cobardemente á indefensos prisioneros encerrados intencionalmente en estrechas celdillas. La prensa en Quito es factor importante en esta carnicería: ella proclamó la inmotivada venganza en to-

dos los tonos, ella aconsejó el esterminio, ella atizó la hoguera; olvidando su noble misión se convirtió en instrumento de odio y contribuyó á exaltar los ánimos.

El Gobierno titulado liberal, de indiscutible ilegitimidad y que merece el desprecio del liberalismo mundial, fué el principal factor; creyó afianzarse así en el Poder. La historia hará recaer con todo el peso de la justicia sobre sus hombros la responsabilidad. Los documentos que exhibe para proclamar su inocencia, la de sus Tenientes, nada valen, son saetas que se clava en la garganta y subterfujos ridículos: permitió que un Jefe subalterno de guardia en el Panóptico desobedeclera sus órdenes, si acaso las dió; no redobló las guardias de la Penitenciaría, y si las redobló, ¿porqué no ordenó que esas escoltas se hicieran respetar con sus bayonetas?; permitió que se exhibieran en calles y plazas retratos de las víctimas, mucho antes de caer éstas entre las manos asesinas, chorreando sangre y con inscripciones que enseñaban al pueblo lo que era necesario hacer; consintió que turbas de mujeres de la peor hampa, destrozaron la casa del General Flavio E. Alfaro, y guillotinaron su retrato en plena plaza de la Independencia; impidió que los batallones "Carchi y Pichincha" hicieran su entrada juntamente con los presos, porque bien sabía que esos y únicos soldados valerosos impedirían tan nefando crimen.

El humo de las hogueras formó allá en el horizonte una nube muy negra.

La sangre de Quirola, Torres, Montero, Eloy, Flavio y Medardo Alfaro, Serrano, Páez y Coral pesa directamente sobre el Gobierno constituido por las insignes latas: Carlos Freile Zaldumbide, Octavio Díaz, Carlos Rendón Pérez, Carlos Rodolfo Tobar, Federico Intriago y Juan Navarro y clama venganza ante el mundo civilizado.

El 28 de Enero de 1912 será la eterna pesadilla para los ecuatorianos.

Fecha maldita en que ciertos iconoclastas sin conciencia moral alguna, apartandose de todo ideal, de todo principio, á cambio de adquirir á cualquiera costa un poderío absoluto alegan razones vedadas con el mayor egoismo y perfidia.

¿Como tolerar éillos, que otro aspire á encumbrarse para fines altruistas, para redimir las pocas energías que se pudieran conservar para la salvación de este país acosado de desdichas, si sólo su credo se informa en ambiciones desampoderados de dominio y riquezas. . . . ?

Ilustración, honradez, valor, patriotismo nada significan, debe desaparecer todo: su anhelo se cifra en extirpar de una sola vez los elementos que obstaculicen sus tendencias, sus fines, y concluir para siempre con hombres como los Alfaros ú otros para su mayor ventura.

Desgraciadamente, todo estos saltimbanquis políticos forman ya un grupo histórico, y hay que decir la verdad: en esto no hay odio, es la voz de nuestra conciencia que nos impele á gritar, á decir honradamente lo que pensamos, lo que hemos presenciado y hecho un análisis severo acaecidos desde el memorable cuan infucuo día, para los ecuatorianos, el 11 de Agosto de 1911.

No sostendremos nunca la inocencia de algunos conservadores para llevar á efecto ó ser cómplices de tanta traiciones y crímenes.

El Doctor Octavio Díaz, su antiguo cófrade en principios, y hoy denominándose liberal, fue en meses anteriores, cuando Ministro de lo Interior en el gobierno del General Alfaro, el único empeñado y deseoso para que el citado General se alzara con el Poder, quebrantando todo principio de moralidad social política, aduciendo premisas temerarias que jamás pueden avenirse con el credo liberal ni mucho menos con una piedad cristiana. De allí, que rehusada su pretensión enérgicamente y sacado del Gabinete, vino la animadversión al protector de toda hora, al que lo sacó de la nada, al que lo levantó de las calles en Cuenca, al que en momentos angustiosos en el seno de su familia le tendió la mano: contra su enemigo el Dr. José Peralta, entonces Ministro de Relaciones Exteriores, quien igualmente rechazó tal despropósito, de allí su unión dúctil y socarrona con los conservadores con quienes se entendía, con el Dr. Freile, con un Leopoldo Narváez, persona de malos antecedentes y declarado en quiebra y con multitud de corifeos dignos de esa cruzada. Este sujeto, Díaz, aprovechó la ocasión de la candidatura del señor Estrada y se hizo su predilecto amigo pero oculto siempre con el manto de hipocresía; él lo sujetó logrando formar parte, como Ministro en su Gobierno: él conocía que la salud del Presidente Estrada era mala, tocaba su fin,—que la era para poder figurar él se presentaba propicia y debía aprovecharla,—ya fuera con nuevas traiciones en beneficio de su credo adormecido y que ancha vía le prestaba para su mayor agosto.

Dado sepultura á los restos del ex-Presidente, que falleció el 21 de Diciembre, siete días después estalló la revolución en Guayaquil y entonces, fué el terror y las intrigas manifiestas de los hombres del Gobierno en Quito. Este Gobierno fué constituido con el mismo personal que tenía el del señor Estrada: es decir con Freile Zaldumbide Encargado del Poder Ejecutivo y Ministros, Octavio Díaz, Carlos Rodolfo Tobar, Carlos Rendón Pérez, J. Federico Intriago y Juan Francisco Navarro en las Carteras de lo Interior, Relaciones Exteriores, Instrucción y Hacienda Pública y Guerra y Marina, respectivamente.

Acordáronse entonces de su felonía en Agosto, é hicieronle entrever al General Plaza todo el apoyo oficial para su candidatura, como primer Magistrado de la República que se acababa de lanzar por sus copartidarios.